

su jornada con todos los que con él iban, y llegó á Quibira, á donde andando por los pueblos de aquel contorno procurando poner por obra su intento, sucedió lo que se dirá adelante.

Antes que el campo partiese de Tiguex, el general envió á ver y visitar al P. Fr. Luis de Ubeda, y unas cabras y ovejas que habían llevado con los carneros, y algunos rescates para los indios, porque le tratasen bien, y antes de llegar al pueblo, encontraron con el buen religioso que debía de salir con deseo de ver alguno de los suyos, y habiéndose visto, se regocijaron todos y le rogaron se fuese con ellos al ejército; pero él no quiso, sino que se volvió al pueblo, y los españoles le dejaron en aquel aposentillo bajo que queda dicho, donde por la mañana le daban un poco de atole y unas tortillas los indios, sin decir ni hablar cosa ninguna, y pasando por allí unos viejos que le mostraban tan mal rostro, que él viéndolos decía: "¡Dios os convierta." Fuéronse los soldados y el general y él se quedó en aquella soledad, y no se supo lo que sucedió.

Estando el gobernador Cristóbal de Oñate en Compostela aguardando por horas la vuelta de Francisco Vásquez Coronado, le llegaron nuevas, en la mayor fuerza de las aguas, de como estaba en el río grande de Tzentipac, y cuando quiso salir á recibirle, entró en la ciudad de Compostela con casi todo el campo desbaratado con el tiempo, porque algunos de los soldados se quedaron en Culiacán, y otros, adelantando, se fueron á México ya despechados de la entrada que habían hecho y de la salida; y estando ya en Compostela Coronado, refirió las miserias y pobreza que había en la tierra de adonde venía, y el gobernador Oñate le contó á él los trabajos, guerras, asolamientos y todo lo sucedido en la Galicia, y pues que ya había venido y tenía cédula de S. M. para gobernar, se estuviese allí y gobernase el reino. A esto respondió el Coronado que no tratase de ello, que pues era por poco tiempo, gobernase como hasta allí lo había hecho, porque él iba á México á curarse de aquella caída que dió en Quibira, y que quien había pasado lo más, pasase lo menos, y así se fué á México á curar y quedó el gobernador Oñate con el gobierno.

## CAPITULO CXLVII.

En que se trata de la vida y muerte del P. Fr. Juan de Padilla.

Año de  
1542.

No se ha descubierto tierra ni provincia en la Nueva España donde no hallan sido los primeros predicadores y maestros de la fé los religiosos de N. P. San Francisco, y el derramamiento de su sangre y glorioso martirio que padecieron por amor de Dios nuestro Señor, la primera piedra del edificio de esta iglesia, los cuales pasaron á tierras incógnitas, ocultas y remotas con santo celo á servirle en la conversión de los infieles, y uno digno de eterno nombre y perpétua memoria en todo género de virtud, fué el esclarecido mártir Fr. Juan de Padilla, hijo de la santa provincia de la Andalucía. Pasó á la Nueva España con intención de catequizar y convirtió muchísimos infieles á nuestra santa fé, y fué el primer guardián de Tulantzingo, en la provincia del Santo Evangelio, y de allí vino á la provincia de Xalisco en compañía del santo Fr. Martín de Jesús, primer apóstol de aquel reino y del de Mechoacán, y predicó y convirtió muchas gentes en lo de Tzacatula, Motines y Alima, y en la gran provincia de Totlatán, y llegó á Tzapotlán el año de 1532, y redujo á población muchos indios convirtiéndolos á la fé de Nuestro Señor Jesucristo, y los de la provincia de Tlamatzolan, Tuchpan, Tzapotitlán, Coliman, Xicotlán, Caulán y los de la provincia de Avalos, discurriendo por diversos pueblos y provincias, anhelando por ganar almas para Dios, levantando iglesias y derribando ídolos, y fué en la jornada que hizo el capitán D. Beltrán Nuño de Guzmán á toda la Tierra Caliente, y de vuelta fué á la provincia de Tzapotlán, donde, siendo guardián, no se quietando su espíritu con el ardentísimo deseo que tenía de la salvación de las almas, alcanzó licencia y ben-

dición de su prelado para ir al descubrimiento de Tzibola, donde fué el año de 1540, y entró seiscientas leguas la tierra adentro hacia el Norte, cuando D. Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España en el mismo año, envió un ejército de soldados á conquistar aquella tierra, y por capitán general á Francisco Vásquez Coronado, gobernador de este reino de la Nueva Galicia, natural de Salamanca y de ilustre sangre y mucha cristiandad, del cual cinco religiosos de nuestra orden, que llevó consigo, recibieron mucha caridad y fueron muy estimados y reverenciados con demostraciones públicas, uno de los cuales fué el bendito Fr. Juan de Padilla, y Fr. Juan de la Cruz, y Fr. Luis de Ubeda, y los que atrás quedan referidos, y por su caudillo y prelado el Rdo. P. Fr. Marcos de Niza, varón muy docto y religioso, que en aquella sazón era provincial de la provincia del Santo Evangelio, habiendo sido antes el primer comisario general en los reinos del Perú, el cual con un espíritu infatigable y gran celo de buscar almas para Dios, después de haber predicado la fé en la Nueva España, salió por las regiones del Poniente buscando gentes que convertir y procurando que se descubriese la tierra de Tzibola y Nuevo México, para lo cual, habiendo venido los dos religiosos que envió el P. Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, y dado relación de aquella tierra, fué en persona para certificarse de la verdad, y habiendo vuelto, le dió razón al virrey D. Antonio de Mendoza, de cómo era así lo que los religiosos habían dicho. Los autores discuerdan en los nombres de los religiosos, porque dice Francisco López Gomara, en la primera parte, folio 281, que se llamaba el uno Fr. Juan de Olmedo, y el otro Fr. Pablo de Acevedo, lo cual no puede ser, porque Fr. Pablo de Acevedo anduvo muchos años después en la conquista que hizo Francisco de Ibarra en la Nueva Vizcaya; y Torquemada, en la 3.<sup>a</sup> parte, libro 19, dice que se llamaba el uno Fr. Juan de Padilla y el otro Fr. Honorato, lo cual tampoco puede ser, porque en aquel tiempo, que fué el año de 1538, Fr. Juan de Padilla andaba en la conversión de la provincia de Tzapotlán y demás, arriba referidas, y el P. Fr. Honorato fué mucho des-

pués, como se verá adelante. Y con lo que dicho P. Fr. Marcos de Niza le dijo, concordando con lo que habían dicho los religiosos y los soldados Dorantes, Castillo, Cabeza de Vaca y Maldonado, se movió á enviar el ejército que digo. Anduvo el siervo de Dios Fr. Marcos de Niza, á pié en la primera jornada, más de mil y cuatrocientas leguas, que es cosa digna de admiración esto, en ida y vuelta, sin las que anduvo cuando fué con el ejército, que fueron muchas, y se volvió con los religiosos que quedan dichos, quedando el santo Fr. Juan de Padilla por caudillo y prelado de los que iban con él, el cual, como muy celoso de la honra de Dios, estorbaba en el camino á los soldados muchas ofensas contra su Divina Magestad y agravios que hacían á los indios, que, como gente libertada y licenciosa, suelen cometer donde quiera que llegan; y yendo caminando este siervo de Dios, se ocupaba en la conversión y doctrina de los infieles que hallaba por el camino, lo que la brevedad le daba lugar.

Viendo los españoles que no había por toda aquella tierra minas de oro ni plata, por ser de muy extendidos llanos, desembarazada de sierras y puertos de mar para la contratación, y por otros motivos que tuvieron que quedan atrás dichos, se volvieron á México, habiendo gastado casi tres años en aquel viaje; y Fr. Juan de la Cruz y Fr. Luis de Ubeda, legos, se quedaron con Fr. Juan de Padilla en la provincia de Tiguex, firmes y constantes en su buen propósito, que era la conversión de aquellos infieles; y quedó con ellos también un Andrés del Campo y los dos indios donados Lucas y Sebastián, naturales de Mechoacán, con otros dos indezueros, sacristanejos, y otro muchacho meztizuelo. Estuvieron los religiosos en aquel pueblo muchos días, muy bien quistos y muy aceptos, y Fr. Juan de Padilla, deseoso de ir á Quivira, donde habían levantado la santa cruz y hecho propósito de no desampararla hasta perder la vida, y por hallar más indios para atraerlos al conocimiento y fé de Cristo Nuestro Señor, inquirió si había más gente en la tierra adentro, fuera de la que él había visto, y los de aquel pueblo le respondieron que sí y que andaría algunos días por

tierra de muy poca gente; mas que, pasada aquella, caminarían tres lunas, que son tres meses de camino, por muy buena tierra y poblada. Holgóse mucho el siervo de Dios de oír esto, y queriéndolo ver, partió de allí con la compañía del portugués y donados, contra la voluntad de aquel pueblo que le amaba mucho, y de esta manera se fué en demanda de la tierra que buscaba, quedando en el pueblo de Ocuique y provincia de Tiguex, el P. Fr. Luis de Ubeda y Fr. Juan de la Cruz enseñando á los indios las cosas de nuestra santa fé; y apenas había comenzado á caminar el santo Fr. Juan de Padilla, cuando vió venir hacia sí unos indios de guerra con sus arcos y flechas á matarle (á los cuales el arzobispo de Mantua llama aciales). Entonces el bendito padre rogó al portugués, que, pues llevaba caballo, huyese de aquellos bárbaros crueles y llevase consigo los indios donados y los otros que, por ser ligeros, le podrían seguir y escaparse. Hízolo el portugués así, y el bendito Fr. Juan, hincado de rodillas, en oración, encomendando su ánima á aquel Señor por cuyo amor y fé se había puesto al peligro, los aguardó y fué muerto por aquellos inhumanos carniceros, los cuales, después de haberle flechado, le echaron en un hoyo y cargaron de piedras á vista del portugués y de los indios que, habiéndolo visto, pasaron un río grande y así se escaparon, desamparados de su padre y caudillo Fr. Juan de Padilla; y el Andrés del Campo, los donados y los muchachos, fueron á dar al pueblo del indio que tenía la señal de la vaquilla en la frente, el cual los avió para su viaje, y pasaron por algunos pueblos de indios sin que les hiciesen daño, y vinieron á salir á Pánuco, y el portugués siguió su viaje para México, y los indios donados determinaron volverse á su tierra de Mechoacán, de do eran naturales, y del viaje que hicieron y de su vida se tratará después que se vuelva á tratar de ellos.

Dijose que los indios habían salido á matar á este religioso por quitarle los ornamentos y bastimentos que llevaban, y que en su muerte hubo muchos prodigios, porque el sol se oscureció, viéronse globos de fuego y cometas, hinchéndose la tierra, y de esto hay mucha memoria en la provincia de Culiacán y

lo trataban algunos papeles y escritos que dejó Don Pedro de Tovar, uno de los fundadores de aquella villa, el cual murió y está enterrado en ella.

## CAPITULO CXLVIII.

En que se trata del martirio del P. Fr. Juan de la Cruz y suceso del P. Fr. Luis de Ubeda y de otros religiosos que fueron á las conversiones.

Año de  
1542.

El siervo de Dios Fr. Juan de la Cruz, compañero del ínclito mártir Fr. Juan de Padilla, habiendo quedado en la provincia de Tiguex, lo que se supo de él, es que procuró confirmar más en la fé á aquellos recién convertidos. Hizo notables conversiones en los que no lo estaban y mucho servicio á Nuestro Señor en aquellas naciones, donde fué su santidad muy conocida, porque era religioso muy observante y de aprobada vida, y de tan gran paciencia, humildad, abstinencia, mansedumbre y de tal caridad dotado, y tuvo tal opinión entre los indios, que le salían á recibir cuando entraba en los pueblos con tanta devoción, que le llevaban en brazos y hacían otras demostraciones de contento, y lo que más es, los españoles soldados le reverenciaban, de suerte que Francisco Vásquez Coronado, capitán general de aquella conquista de Tzíbola, mandó pregonar y echar un bando en su ejército, que cuando oyesen el nombre de Fr. Juan de la Cruz, inclinasen la cabeza ó la descubriesen, en señal de la veneración y honra que á la virtud y santidad de tan excelente siervo de Dios se debía; y después de haber padecido muchos trabajos por la dilatación de la fé y de haber peregrinado diversas partes de las Indias, fué asaeteado por los indios aciales de la dicha provincia de